

Momentos de silencio.

—Es un anónimo.

—Rómpelo. Será una serie de insultos como se suelen escribir en estos casos.

—¡Oh, no! Es una declaración de amor.

—*¿Vraiment?*

—Oye.

Y la condesita leyó lo que sigue:

«La persona que arrojó una moneda de oro sobre la bandeja de la mesa de petitorio de San Ginés, hace ocho días, no se atreverá nunca á ser indiscreta diciendo á usted galanteos que usted no suele admitir, según pública voz. Pero en cambio, tendrá el valor de decir á usted por escrito lo que de palabra parecería más bien un asunto comercial que un diálogo amoroso. Dicha persona tiene una renta que la opinión pública llama *colosal*, y ha dado en la manía de que usted disfrute la mitad de esa renta. ¿Ha de ser á usted difícil contestar á esta carta anónima con otra? La persona escondida cree que no, porque está seguro de que el día de Viernes Santos mereció que usted se fijara en ella.»

—¿Y bien? preguntó la condesita.

—Que no entiendo una palabra. Mejor dicho, que no sé quien te escribe.

—No es fácil. Fueron dos las personas que me dejaron monedas de oro en la bandeja.

—De donde resulta que no puedes saber quién, te quiere hacer rica.

—Ni lo quiera Dios.

—¿Por qué?

—Porque nunca he deseado serlo.

—Yo nunca he comprendido á los pobres.

—Cada cual tiene sus manías.

—¡Es claro! ¿Qué resuelves sobre esa carta?

—Romperla.

—Yo no la rompería. Adivinaría quién me la había escrito.

—Y una vez adivinado...

—Contestaría.

—Pero eso es muy fuerte.

—¡Psch!

Después de unos momentos de pausa, la de Montes se despidió de la condesa, y ésta se puso á escribir, llenando de *pattes de mouche* una diminuta esquila timbrada con una corona condal sobre una M.

III

¿Creéis que Fernando dormía? Creéis con lo imposible.

Por la mañana entró un criado con un paquete de cartas y tarjetas.

Aquel día cumplía Fernando veinticinco años. Sus amigos le felicitaban. Veinte ó treinta tar-

jetas encerradas en otros tantos sobres, le vinieron á probar que á lo menos una vez al año tenemos la satisfacción de que veinte ó treinta personas se acuerden de nosotros para celebrar que envejecemos. Fernando leyó todas las tarjetas con impaciencia grande. — ¡Qué descortesía! murmuró. Efectivamente, la descortesía de la condesa era evidente. Fernando le envió su tarjeta el día de Santa Margarita. Ella no había leído en *La Correspondencia* el santo del día.

Iba á leer las cartas, cuando entró en el cuarto su madre. Venía á darle los días. Traía en un estuche de terciopelo azul una preciosa botonadura de brillantes. Era su regalo. Fernando abrazó á su madre dándole las gracias, y al mismo tiempo pensó que de aquellos brillantes se podían hacer unos pendientes lindísimos...

Detrás de la viuda de Villa-Rosa estaban Zalzeta y otro caballero.

—Hijo mío, dijo la viuda. Es preciso que se cumpla la voluntad de tu padre. Debo hacerte entrega de tu patrimonio el mismo día en que cumplas veinticinco años, antes de las doce de la mañana. El señor de Zalzeta es uno de los albaceas, y este caballero que es el notario que él me ha recomendado, te pondrán ahora mismo en posesión de tu fortuna.

Tal vez en esta ocasión, Fernando se hubiera alegrado en el alma de verse convertido en millonario. Pero ahora, ahora no podía compren-

der el valor del dinero. Acababa de abrir una de las cartas que tenía sobre la mesa, y había visto que estaba timbrada con una M, colocada debajo de una corona condal. Le dió un vuelco el corazón. Recibir la primera carta de una mujer á quien se ama es caso tan grave, que entre leer el acta que el notario traía extendida, ó la carta de la condesita, optó por lo segundo.

—Está bien, balbuceó... yo agradezco... yo... siéntese usted... voy al momento...

El notario se sentó. Fernando comenzó á leer la carta. Él no le había escrito á la condesa. Sin embargo, ella le escribía á él. Mientras el notario limpiaba una pluma, y Fernando leía con avidez aquellos encantadores garrapatos, la señora de Villa-Rosa y Zalzeta cambiaron estas palabras en voz baja:

—¿Ha estado usted ahí al lado?

—Sí, señora.

—¿Ha cobrado usted?

—Sí, señora.

—¿Qué ha dicho la condesa?

—No la he visto.

—¿Cómo?

—No me ha recibido. Un criado salió con el importe del alquiler... es un desaire que no perdonaré nunca á la viudita. Yo no pude esperar que no me recibiera...

—¿Por qué?

—Porque yo le había escrito una carta anó-

nima que no podía dudar de que era mía. Verdad es que el criado que me ha dado el dinero, me ha dado también una carta.

—¡Ah!

—Una carta que dice: *Renuncie usted á su renta y nos entenderemos.*

—¡Cosa más rara!

—¡Figúrese usted! ¡Renunciar yo á mi renta para que atienda ella mis pretensiones á su mano! Esto es demasiado novelesco.

En esto estaban Zalzeta y su amiga, cuando observaron que Fernando y el notario hablaban de algo interesante.

Los ojos de Fernando brillaban como áscuas. ¡Había leído la carta de la condesita!

La carta decía: «Renuncie usted á su renta y nos entenderemos.»

Era, pues, completamente igual á la que había recibido Zalzeta. La condesa, en la duda de quien pudiera ser su pretendiente, había escrito dos cartas iguales.

Fernando le había dicho al notario:

—Sírvase extender un documento por el cual cedo mi patrimonio á todos los Hospitales de España.

Estas palabras produjeron una discusión acalorada. La señora de Villa-Rosa se opuso al acto de generoso desprendimiento, y preguntó las razones que le motivaban. Fernando no dió razón ninguna. Zalzeta quiso intervenir; Fernan-

do le dijo cortésmente que no se mezclara en asuntos ajenos. Estaban sonando las doce cuando Fernando firmó la donación. Desde aquel momento, el hijo de los Villa-Rosa, célebres en Méjico por sus riquezas, quedaba reducido á la condición de un hombre que no tiene sobre qué caerse muerto.

IV

La renuncia hecha por Fernando de su patrimonio hizo tanto ruido en Madrid, que durante un mes no se habló de otra cosa.

Se anunció un gran baile en casa de la duquesa de***

Comenzaba el verano. La señora de Villa-Rosa no estaba en Madrid.

Los disgustos que entre ella y su hijo hubo durante los dos primeros meses después de la donación hecha por Fernando á los hospitales, dieron por resultado una separación que debía ser muy larga, á juzgar por el enojo de la viuda. Su hijo era un loco, según decía, un manirroto, un desdichado. Le abandonó á su suerte, y volvió al suelo patrio.

Zalzeta seguía haciendo el amor á la condesita, á pesar de sus desdenes y de haber compren-

dido que Fernando le había dado una lección renunciando á su fortuna. ¡Pobre Fernando! Estaba en plena posesión del corazón de la condesita hacía mucho tiempo; pero ¿cómo la llamaría su esposa? ¡Estaba tan pobre! Por su parte la condesita no parecía muy dispuesta á ser su mujer. Dos ó tres veces le había indicado Fernando lo feliz que sería llamándola suya. La condesa parecía no dar importancia á estas palabras. Las visitas de Fernando á casa de la condesa eran tan frecuentes, que las gentes comenzaban á murmurar de esta intimidad. Hasta la íntima amiga de la condesa, la señora de Montes, había murmurado de ella, y no frecuentaba la casa. Fernando estaba tan macilento, tan pálido, tan descompuesto, que parecía ser presa de alguna de esas enfermedades crónicas que no impiden salir á la calle, pero que anuncian una próxima catástrofe. Se había alejado por completo del círculo de sus amigos, vivía modestamente en un cuarto cuarto de la calle de Jardines, donde pasaba las noches en claro pensando que los enfermos de todos los hospitales de España debieran estar muy bien asistidos... ¿Le pesaba lo que había hecho? Esto era lo que nadie podía saber. ¿Quién pudiera averiguar lo que sucedía en el interior de la casa de la condesa en aquellas largas horas que pasaba Fernando allí? Los vecinos solían oír el piano con frecuencia; pero las melodías eran lentas,

monótonas, como arrancadas á las teclas por una mano perezosa. Dijérase que Fernando y la condesa estudiaban el solfeo.

Zalzeta seguía siendo el administrador de la viuda de Villa-Rosa. Nunca logró ser recibido cuando fué á cobrar los alquileres. A principios de Abril de este año, el americano se presentó como de costumbre, con su recibo, y su asombro no reconoció límites cuando el criado le dijo que esperase, que la señora iba á salir al momento. En efecto, la condesa se presentó en el salón, y saludó friamente á Zalzeta.

—Caballero, le dijo, puede usted anunciar á la dueña de la casa que desde principios del mes que viene, tiene el cuarto á su disposición.

—¿Se marcha usted? preguntó Zalzeta.

—Sí, salgo para el extranjero después de la Semana Santa.

Zalzeta intentó decir algunas galanterías. La condesa le cortó la palabra. Fernando se asomó por detrás de un *portier*, y le dijo:

—¡Hola, señor de Zalzeta! celebro ver á usted. ¿Sigue usted tan rico?

Esta pregunta era un insulto para un hombre que, como Zalzeta, amaba su riqueza ante todo.

No contestó. Fernando siguió preguntando:

—¿Estuvo usted anoche en la Zarzuela?

—Sí, allí estuve...

Y Zalzeta buscaba con la vista su sombrero.

—¿Qué le pareció á usted la obra nueva?

—Muy linda; se aplaudió en extremo, y no se sabe de quién es la música.

—Es mía, dijo la condesa.

Zalzeta se echó á reír.

—No comprendo esa risa, dijo la condesa, Puede usted escribir á la señora de Villa-Rosa que durante un año, su hijo se ha ocupado en escribir una zarzuela en tres actos, que yo he compuesto y él ha firmado, y que con sus productos nos casamos dentro de quince días. Dígale usted también que no se necesita ser heredero de un millonario, para vivir cómodamente, cuando una se contenta con lo necesario. Dentro de poco saldremos para Italia, donde tengo unas tierras que pensamos vender para vivir; hasta que Fernando dé al teatro su segunda *partitura*. Usted que vive en el gran mundo, señor de Zalzeta, puede contar á los que hasta ayer fueron nuestros amigos, que también entre nosotros se cumple el proverbio del pan y la cebolla. Adiós.

Zalzeta salió.

Poco después era pública la boda de los dos vecinos.

Los enfermos de los hospitales de España están mejor asistidos, y Fernando es músico cuando menos se lo figuraba, habiendo sido tan feliz con la inmensa fortuna de su padre como con la mano de la condesita y los aplausos del público inteligente.

Las personas que entraron esta mañana á rezar la estación en San ***, observaron á una preciosa joven que daba dos golpecitos de cuando en cuando sobre la bandeja de plata que habia en la mesa de petitorio. Cada vez que daba estos dos golpecitos, se volvía á mirar á un caballero, que, de pie junto á ella, parecía un centinela de vista. Era Fernando, que quiso que la condesa volviera á pedir este año, para recordar las escenas del año pasado.

—¿Has estado allá? le preguntó su mujer.

—Sí. Vengo del telégrafo de poner el despacho á mamá anunciándole la boda, y pidiéndole nuestro regalo.

En aquel momento entró en la iglesia Zalzeta, que no ha cesado en su pretensiones, y arrojó cuatro onzas en la bandeja.

La condesa ni levantó la vista siquiera.

MADRID 12 DE DICIEMBRE DE 1872

No hace mucho que de*** y yo fuimos al cementerio general á cumplir un triste deber, tributando la última prueba de cariño á un amigo que había dejado este mundo.

Verificada la triste ceremonia del enterramiento, nos marchábamos ya, siguiendo á la numerosa comitiva que había llevado el cadáver, y que, como de costumbre, volvía á Madrid por diferentes lados.

Antes de entrar en el coche que nos había conducido al cementerio, nos detuvo en éste la curiosidad que nos produjo un grupo de gente que alrededor de una caja mortuoria se había colocado.

Al revés de lo que suele suceder en tales casos, en el corro formado por la reunión de veinte ó treinta personas, no reinaba ese silencio imponente que produce siempre la presencia de la muerte.

Los concurrentes á la fúnebre operación lloraban todos.

Los sepultureros habían abierto una ancha fosa, y se disponían á arrojar en ella el cadáver de un hombre *del pueblo*, si hay que juzgar de la posición por las gentes que le acompañan á la última morada. Los circunstantes vestían todos de chaqueta.

¡Todos lloraban! No es esto muy frecuente en los cementerios, adonde la costumbre suele llevar, por regla general, á todos los amigos y conocidos del que vuelve á la tierra; pero que sin embargo, y por silenciosos y graves que le miren, no suelen afectarse hasta el punto de prorrumpir en llanto.

Al principio creímos que aquellas veinte ó treinta personas habían estado ligadas al que murió, por estrechos lazos de parentesco; pero pronto lo excesivo del número nos hizo ver lo inverosímil de la suposición, y la curiosidad nos hizo preguntar á uno de ellos.

—¿Quién era el muerto?

Y el hombre á quien nos dirigimos no nos dió por respuesta ningún nombre, ningún apellido; no nos dijo: *era nuestro hijo, ni era nuestro padre, ni era nuestro hermano*. Nos dijo algo más breve, más compendioso, más significativo. Nos respondió sin dejar de sollozar:

—El maestro.

—¡El maestro! Aquellos hombres era artesa-

nos dependientes de aquel *maestro*, como llaman ellos al que les da trabajo cotidiano. Y aquellos hombres, más francos y más sinceros y más sensibles á la pérdida del protector y del amigo, que la generalidad de los amigos que van al cementerio á acompañar el cadáver del amigo perdido, sollozaban con amarga pena, declarando en aquel llanto cuán ligados estaban con el finado, y con cuanto dolor, hijo verdadero del corazón, sentían la muerte del que para ellos debía ser un segundo padre.

Consoladora nos pareció esta escena para nuestras costumbres; porque aquí donde desde algún tiempo á esta parte hay tal empeño de indisponer al trabajo con el capital, y en hacer al obrero enemigo del amo, este cariño de familia que vimos en aquellos artesanos no constituye excepción, es más verdad de lo que creen los agitadores de las masas obreras (que por cierto no suelen ser españoles); y aquel tiernísimo cuadro que la casualidad nos hizo observar, nos dió derecho á suponer que sólo un exceso de tolerancia en las leyes puede hacer progresivas las ideas de disolución con que se nos amenaza diariamente.

INDICE

LA MISERIA EN UN TOMO

	<u>Páginas.</u>
Interior y exterior.....	12
La incredulidad	21
La calle de Sevilla y el café Suizo.....	27
<i>¡La Correspondencia!</i>	37
En un coche de plaza.....	44
Misérias cómicas	50
¡ Pobres muchachas!.....	60
Paréntesis	64
La niña perdida	68
Drama alegórico.....	89
Exposición de pobres.....	97

CUENTOS Y SUCEDIDOS

Prólogo	109
El ojo, el diente y el cabello.....	117
El último beso	127
Fin desdichado	137
El quinto.....	142
Dos Jueves Santos	169
Madrid 12 de Diciembre de 1872.....	188

LISTA DE SUSCRIPTORES

A LAS OBRAS COMPLETAS DE

EUSEBIO BLASCO

Azcárate (D. Gumersindo de).

Ayerbe (Sr. Marqués de).

Alvarez Mariño (D. José).

Aguilera (D. Alberto).

Alba (D. Enrique).

Alhumada (D. Luis de).

Andrade (D. Rafael).

Bretón (D. Tomás).

Bejar. (D. Antonio).

Barzanallana (Sr. Marqués de).

Beruete (D. Aureliano de).

Blanco (D. Domingo).

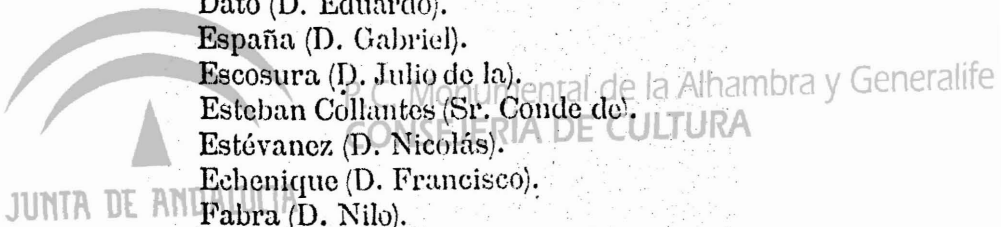
Barceló (D. Luis).

Bivona (Sr. Duque de).

Benedicto (D. Manuel).

Carbó (D. Juan).

Cubas (D. José de).
Casa Laiglesia (Sr. Marqués de).
Cánovas del Castillo (D. Jesús).
Cruz (D. Pablo).
Cañabate (D. Joaquín).
Castillo de Chirel (Sr. Barón del).
Canalejas (D. José).
Coello (D. Alonso).
Castro Serna (Sr. Marqués de).
Casa Valencia (Sr. Conde de).
Delgado (D. Eleuterio).
Dacarrete (D. Angel María).
Dato (D. Eduardo).
España (D. Gabriel).
Escosura (D. Julio de la).
Esteban Collantes (Sr. Conde de).
Estévanez (D. Nicolás).
Echenique (D. Francisco).
Fabra (D. Nilo).
Florez (D. Carlos).
Goyenechea (D. José).
Gómez Rodulfo (D. Angel).
Gómez Renovales (D. Juan).
García Patón (D. Federico).
García del Busto (D. Federico).
Hinojosa (D. Ricardo).
Iturralde (D. Daniel de).
Icaza (D. Francisco A. de).
Igual (Señora Viuda de).
Igual (D. José de).



Jungairin Iriño (D. Manuel).
López Domínguez (D. José).
López Puigcerver (D. Joaquín).
Larregla (D. Joaquín).
León (D. Luis de).
Longoria (D. Javier).
Loygorri (D. Federico).
Llano y Persi (D. Manuel de).
Llobregat (Sr. Conde de).
Lías (Señora Viuda de).
Muñoz de Baena (D. José).
Muñoz de Baena (D. Luis).
Manzano (D. Valeriano).
Manrique de Lara (D. Manuel).
Madariaga (D. Federico de).
Murga (D. Eduardo).
Maestre (D. Tomás).
Montes Sierra (D. Nicasio).
Muguiro (D. Javier).
Malladas (Sr. Conde de).
Muñoz (D. Salvador).
Menéndez y Pelayo (D. Marcelino).
Navas (Sr. Conde de las).
Navarro y Lédésma (D. Francisco).
Utamendi (D. Miguel).
Puente (D. Joaquín de la).
Pacheco (D. Antonio).
Retortillo (D. Alfonso).
Reparaz (Sr. Conde de).
Rica (D. José de la).

Romero y Robledo (D. Francisco).
Romanones (Sr. Conde de).
Ramiranes (Sr. Conde de).
Ruiz de la Prada (D. Manuel).
Rosell Malpica (D. J. Manuel).
Sainz de la Maza (D. Joaquín).
Silvela (D. Francisco).
Soriano Murillo (Sra. Viuda de).
San Luis (Sr. Conde de).
San Román (Sr. Conde de).
Sacro Lirio (Sr. Barón del).
Spottorno (D. Ricardo).
Sánchez Guerra (D. José).
Sotomayor (Sr. Duque de).
Sala (D. Emilio).
Squilache (Sra. Marquesa de).
Tamames (Sr. Duque de).
Tolosa Latour (D. Manuel de).
Terán (D. Eduardo).
Tavara (Sr. Marqués de).
Traumann (D. Enrique).
Tovar (Sr. Marqués de).
Ubao (D. Manuel).
Ugarte (D. Javier).
Viñaza (Sr. Conde de la).
Villalobos (D. José).
Villasegura (Sr. Marqués de).
Vilches (Sr. Conde de).
Zozaya (D. Benito).

Ayuntamientos de: Zaragoza, Jaca, Bilbao, Cartagena, Cádiz, Valencia, Pontevedra y Badajoz.

ALTAS

D. Gabriel Ferrer.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Los señores suscriptores recibirán sin aumento de precio los tomos cuyo importe exceda de tres pesetas.

Las personas que deseen suscribirse á las *Obras completas de Eusebio Blasco*, deberán dirigirse al administrador, D. Leopoldo Martínez, Calle del Correo, 4, librería, Madrid.